

LECTURAS PARA UN VERAN...

Emblemas

Floras y Habaneras

■ VIRGINIA ALBERDI BENÍTEZ

SI EN EL repertorio de las artes visuales del siglo XX hubiera que definir los íconos más representativos de la mujer cubana, muchos coincidirían en señalar las Floras, de René Portocarrero, y las Habaneras, de Servando Cabrera Moreno.

Cuando Portocarrero (1912-1985) pintó sus Floras, ya era un artista consagrado. En los medios intelectuales gozaba de reputación por sus ilustraciones para las revistas fundadas por José Lezama Lima, Verbum, Espuela de Plata y Orígenes, su exitosa irrupción en el mercado de arte de Nueva York y las series dedicadas a la ciudad (la barriada del Cerro) y los carnavales.

En estas últimas desarrollaría un estilo recargado, pletórico de detalles, en el que apenas existe un centímetro de silencio en la superficie de los cuadros. Se habló entonces de una tendencia barroca en las composiciones, solo que fue necesario precisar cómo respondía a un nuevo tipo de barroquismo, cercano al que Alejo Carpentier atribuyó un linaje auténticamente latinoamericano.

Aunque la mujer se había hecho presente en su obra, fue en los años sesenta cuando las Floras quedaron bautizadas como tales a partir de su concepción serial, tanto en la pintura como en el dibujo. En la 33 Bial de Venecia, las Floras acapararon la atención de críticos y espectadores.

¿Cuál es el encanto de las Floras? Evidentemente influye el señorío de las efigies de mujer, pero lo determinante está en el estallido de motivos vegetales, la incorporación de elementos del *art nouveau* presentes en la arquitectura ecléctica insular y de volutas que recuerdan los enrejados del centro histórico de las más antiguas ciudades cubanas, en los sombreros o en las cabelleras de las representaciones femeninas.

Mi dibujo es siempre ornamental y tiene elementos representativos que pudieran ser mágicos dentro del orden de la mitología universal. La Flora es casi un mito ella misma en la pintura cubana. Puedo decir que jamás los mitos han estado fuera de mi obra. Sin ellos poco de mi trabajo sería lo que es, afirmó una vez Portocarrero.

Las Habaneras llegaron a la visualidad cubana algo después, exactamente en 1975, cuando el maestro Servando Cabrera Moreno (1923-1981) las reveló al público con la exposición **Habanera tú**, que saludaba la declaración del Año Internacional de la Mujer.

Servando había conseguido con anterioridad fijar la huella de sus trazos —línea sutil, lírica; transparencias articuladas; colores tenues— en obras que, sin embargo, rezumaban un contenido épico. Recuerdese sus **Milicias campesinas**.

Sobre las características de Cabrera Moreno, la doctora Graziella Pogolotti, quien lo conoció y siguió de cerca su trayectoria, ha dicho:

El desarrollo de su obra parte de sí



Lirismo y cubanía en una Habanera de Servando.

misma. Las modificaciones sucesivas en su manera de pintar, tienen que ver en gran medida con un desarrollo interno de su propia obra, de su propia búsqueda, independientemente de que, desde luego, se remitiera a los códigos impuestos por la modernidad y por su tiempo. Así era en cuanto al carácter bidimensional, a la manera de establecer el ritmo de la composición de sus cuadros. La figura de Servando tiene una fuerte marca de individualidad. Además de una tendencia a la monumentalidad dentro del límite del cuadro que tampoco existe en el resto de los pintores cubanos de la época.

Con las Habaneras llevó al máximo esplendor esa visión estética en función de una lógica perceptiva que hace que el espectador establezca una identificación con la cubanía de la figuración.

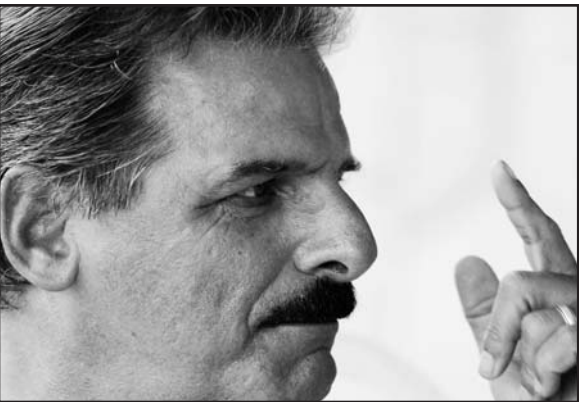
Ante las Habaneras, Reynaldo González hizo una muy aguda observación, al decir que en ellas Servando muestra “el don del buen pintor, del buen dibujante y de la comunicación masiva, como lo tuvieron las Floras, de Portocarrero”.



Una de las Floras de Portocarrero.

Aficiones

Más allá de la meteorología... Rubiera



Fotos: Ricardo López Hevia

■ ORFILIO PELÁEZ

AVEZADO ESPECIALISTA EN el pronóstico del tiempo y dotado de una envidiable capacidad para transmitir al público, de manera clara y precisa, la habitual información meteorológica en espacios radiales y televisivos, el doctor José Rubiera siente particular predilección por la fotografía.

“La primera foto la tomé con apenas cinco años de edad en mi natal pueblo de San Antonio del Río Blanco del Norte, en Jaruco. Cogí la cámara de cajón de un tío mío y retraté un carrito amarillo de juguete que estaba junto a un barquito. Para sorpresa de la familia, cuando llevaron el rollo a revelar, la que yo tiré salió bien. Tengo la satisfacción de conservarla hasta el día de hoy.”

Aquel hecho casual marcaría el nacimiento de una gran afición por esta práctica hasta convertirla en su principal pasatiempo. Cuenta que tuvo casi todos los tipos de cámara disponibles en el país durante las décadas de los 60 y 70 del pasado

siglo, incluyendo las emblemáticas Zenit, de procedencia soviética.

“Me gustaba tanto que aprendí a revelar mis propias fotos. Más adelante, cuando estudié en la antigua Unión Soviética, empecé a hacer videos y algunos documentales con una camarita de ocho milímetros, los cuales editaba también.”

Según cuenta Rubiera, le encanta fotografiar las puestas de Sol, los amaneceres, ciudades, la gente común, y todo lo relacionado con el paisaje natural, las aves, el mar y el cielo. No le gusta usar el flash porque suele dar sombra. Prefiere retratar a las personas de manera espontánea, sin que ellas sepan que lo está haciendo.

La cámara lo acompaña a todas partes y está a la caza de cuanto detalle pueda brindarle una buena foto, aunque paradójicamente dentro de su amplia colección falta la correspondiente al azote de un huracán, pues en ese momento solo “tengo ojos para seguir la trayectoria y evolución del fenómeno”.

Más allá de su notable interés por la fotografía, el doctor José Rubiera fue

fundador de Radio Jaruco alrededor de los años 1969 o 1970, y allí hizo un programa para jóvenes.

Además de la locución, ponía la música, se encargaba de los efectos especiales, y realizaba entrevistas en la calle.

Luego trabajó durante un tiempo en una revista cultural dedicada a los CDR, la cual salía al aire en la misma emisora. No vacila en afirmar que si se lo propusieran y tuviera tiempo se atrevería a conducir algún programa, lo mismo en la radio, que en la televisión.

Revela que aunque le gusta el baile, “el ritmo no me fluye para los pies”, pero eso no le impide ir de vez en cuando a las discotembas con su esposa Yamily, y algunas amistades.

Disfruta la vida en familia, en particular el momento de comer todos juntos sentados a la mesa, para después compartir los acontecimientos del día. Asume cualquier labor doméstica en el hogar, aunque su compañera no duda en calificarlo de verdadero maestro en el “arte” de freír papas o plátanos, algo que hace con mucho celo.